

Emilio Ontiveros  
Mauro F. Guillén

# Una nueva época

Los grandes retos del siglo XXI

Traducción de  
Julio Viñuela Díaz

**Galaxia Gutenberg**

***Círculo de Lectores***



## Un mundo dispar: desigualdad y pobreza

### PRINCIPALES CAMBIOS DE TENDENCIA

Desde principios del siglo XXI ha disminuido la desigualdad en la distribución de la renta entre los países. Al mismo tiempo, ha continuado aumentando la desigualdad dentro de cada país, lo que está planteando difíciles problemas políticos y sociales por igual en los países desarrollados y en vías de desarrollo.

Una de las noticias más paradójicas que salió de la reunión del World Economic Forum de Davos en 2011 fue que las élites mundiales empresariales, financieras y económicas, reunidas en esa idílica ciudad suiza de turismo de montaña, identificaron las enormes disparidades económicas como uno de los dos riesgos globales más importantes a los que se enfrentaba el mundo, junto con los fallos en la gobernanza global (*The Economist* 20 de enero de 2011). Estas disparidades económicas se manifiestan de varias formas, que incluyen la pobreza y la desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza. La pobreza ha estado disminuyendo durante las últimas décadas gracias al rápido crecimiento de las economías emergentes, aunque ha aumentado en algunos países tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Lo mismo es cierto respecto de la desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza. Hay una gran diferencia según se comparen los datos entre los países o dentro de cada país y ello ayuda a identificar otro cambio de tendencia en el siglo xxi.

## Desigualdad

La desigualdad es un concepto multidimensional. Mucha gente piensa que la desigualdad en la distribución de la renta es el aspecto más importante porque, después de todo, la renta puede gastarse en todo tipo de bienes y servicios. Otro aspecto relevante, sin embargo, está relacionado con las diferencias en la riqueza, que resultan ser mayores que las de la renta. Naciones Unidas ha avanzado una agenda global, llamada los Objetivos del Milenio, que trata de reducir la desigualdad global en una serie de dimensiones, que incluyen la nutrición, la educación, el género, la salud y la sostenibilidad medioambiental, así como la pobreza.

La desigualdad en la distribución de la renta, sin embargo, es un concepto atractivo debido a sus implicaciones para otras dimensiones de la desigualdad y también por su relevancia para el consumo, los negocios, la política y la geopolítica. Al igual que otras formas de desigualdad, puede medirse en un país o haciendo una comparación entre países, por estratos rurales y urbanos y por categorías de géneros y razas.

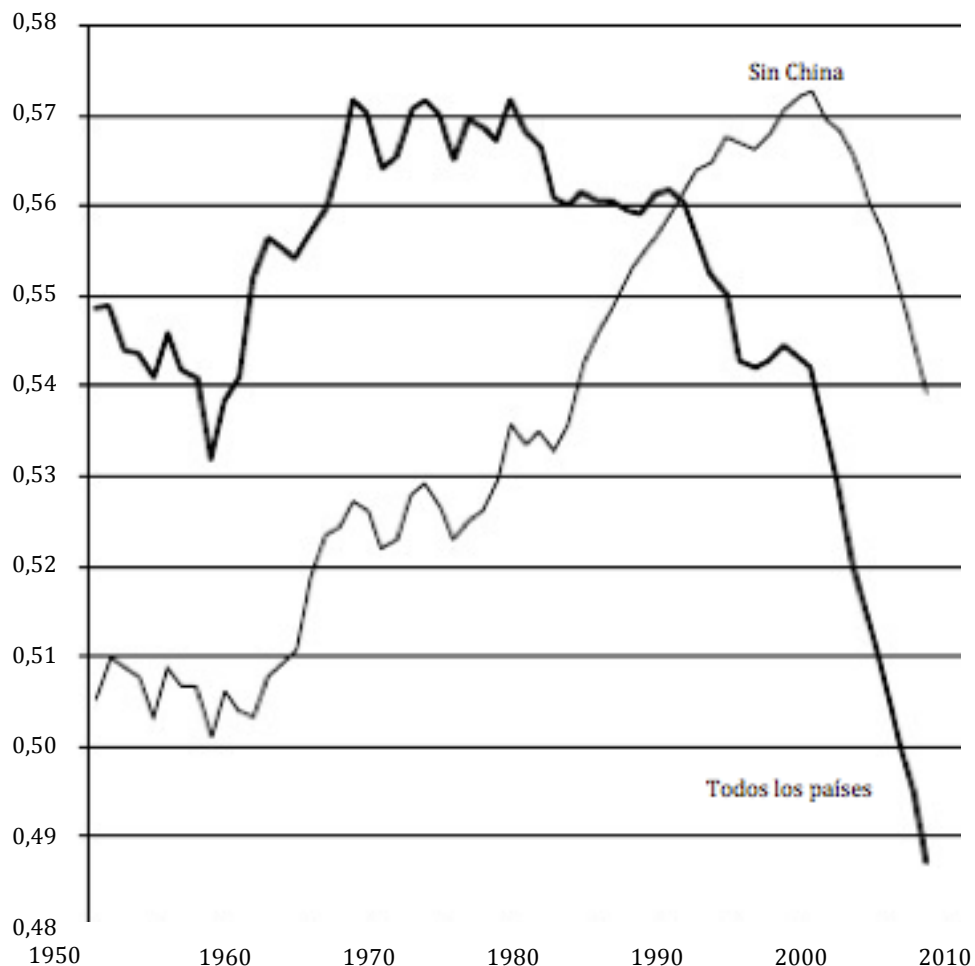
El método que se utiliza, por lo general, para medir la desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza es a través del índice de Gini, que toma valores entre cero (cuando la renta está distribuida igualitariamente entre la población) y cien (cuando toda la renta revierte a un individuo u hogar en una población de tamaño infinito).

Sin embargo, el cálculo del índice de Gini no es intuitivo. Requiere dividir el área situada por encima de la llamada curva de Lorenz, que describe la distribución real de la renta (o de la riqueza), por el área total situada por debajo de la línea de 45 grados de perfecta igualdad. Es preciso disponer de datos detallados de la distribución de la renta, que pueden obtenerse de las encuestas de presupuestos familiares o de las cuentas nacionales. La calidad, cobertura y frecuencia de los datos son problemas corrientes cuando se compara la desigualdad entre países o a lo largo del tiempo.

Durante los últimos veinte años, las fuerzas normalmente asociadas con la globalización han producido –con sólo algunas excepciones– una mayor desigualdad en la distribución de la renta *dentro* de los países (Anand y Segal 2008:85), algo que la mayoría de los economistas y expertos no encuentran sorprendente. La noticia está en otra parte: la desigualdad entre los países ha disminuido desde comienzos del siglo xxi, comenzando a revertir uno de los legados más duraderos de la Revolución Industrial (Hillebrand 2008). Según un estudio reciente del Banco Mundial, «tras veinte años de divergencia de la renta media de cada país, el PIB per cápita de los países del mundo ha comenzado un proceso de convergencia desde 2001. Ello se debe al repunte del crecimiento en África, los ex países comunistas y América Latina. No está claro como afectará a este proceso la crisis global» (Milanovic 2009:14). Cuando se toman en consideración los diferentes tamaños de la población de los países, se observa que la desigualdad entre éstos ha estado disminuyendo, al menos, desde principios de la década de los noventa debido al efecto del crecimiento de China. Excluyendo este país del cálculo, la desigualdad entre países ponderada por la población comenzó a reducirse en el año 2001, gracias a las elevadas tasas de crecimiento en otras economías emergentes, desde Brasil a la India y desde Turquía al África subsahariana (Milanovic 2009; véase también Firebaugh 2000). El Gráfico 6.1 muestra la evolución de estos dos indicadores desde 1950 a 2008.

No sabemos con seguridad si, en conjunto, la desigualdad de la renta global está aumentando o disminuyendo. Los estudios empíricos difieren ampliamente en sus resultados (Anand y Segal 2008; Hillebrand 2008). Pero sí sabemos que las contribuciones de la desigualdad dentro de los países y entre ellos han cambiado. Mientras que, a finales del siglo xx, casi la mitad de la desigualdad en la distribución de la renta global se explicaba por diferencias de la desigualdad entre los países y la otra mitad, dependiendo del estudio, por la desigualdad dentro de los países (Anand

**Gráfico 6.1 Desigualdad en la distribución de la renta por país, medias ponderadas por la población (Índice de Gini) 1950-2008**



Nota: Los cálculos se basan en 140 países en 1950-1989 y en 159 países en 1990-2008. La diferencia se debe a la división de Checoslovaquia, Yugoslavia y la Unión Soviética en países independientes.

Fuente: Angus Madison, Historical Statistics of the World Economy: 1-2008 AD. [www.gddc.net/maddison](http://www.gddc.net/maddison) (acceso el 20 de agosto de 2011).

y Segal 2008:85), el siglo xxi, probablemente, se caracterizará por una mayor desigualdad dentro de los países que entre ellos, efecto que se atribuye a dos cambios principales. Primero, si los países emergentes y en vías de desarrollo continúan creciendo con mayor rapidez que los países desarro-

llados, como ha ocurrido en promedio desde mediados de los noventa a 2011, la desigualdad global entre los países tenderá a disminuir.

El segundo cambio importante tiene que ver con el probable aumento continuo de la desigualdad dentro de los países. Un reciente estudio del FMI (2007:49-50) concluyó que «el progreso tecnológico, por sí solo, explica la mayor parte del 0,45% de aumento medio anual del índice de Gini, que mide la desigualdad en la distribución de la renta dentro de los países, desde principios de la década de los ochenta» a mediados de la primera década del siglo xxi. El FMI usó el stock de tecnología de la información y de las comunicaciones como indicador principal. «La globalización financiera y comercial y el desarrollo financiero contribuyeron anualmente, cada uno, con un 0,1% adicional [...], neutralizados por reducciones casi equivalentes en el índice de Gini debidas al aumento del acceso a la educación y un desplazamiento de empleo agrícola hacia otros sectores». Las nuevas tecnologías tienden a favorecer a los trabajadores especializados, exacerbando, así, el llamado «déficit de habilidades», de formación profesional. Según el FMI (2007:49), el aumento de la desigualdad en la distribución de la renta debido a la difusión de las tecnologías de la información y de las telecomunicaciones ha afectado tanto a los países desarrollados como en vías de desarrollo, aunque el efecto ha sido mucho menor en América Latina que en Asia. El cambio tecnológico favorece a los que tienen mayores cualificaciones y exagera el déficit mencionado. Es importante hacer notar que la globalización ha tenido efectos muy distintos sobre la desigualdad: «La globalización comercial ha ejercido un impacto igualador, mientras que la financiera (y, en particular, la inversión extranjera directa) ha venido asociada con crecientes disparidades de renta» (FMI 2007:50).

Como se destaca en Ontiveros (2012), «la extensión del *offshoring* y el *outsourcing*, la relocalización de procesos y tareas en economías menos avanzadas, es, efectivamente, uno de los elementos más influyentes en la diferenciación

por grado de cualificación de los trabajadores». El Cuadro 6.1 resume la evidencia disponible sobre la evolución reciente de la desigualdad en la distribución de la renta. Habida cuenta que los datos se obtuvieron de distintas fuentes, las comparaciones deben hacerse con cuidado. Entre mediados de la década de los noventa y mediados de la primera década del siglo xxi la desigualdad dentro de los países ha aumentado en la mayoría de ellos, con las notables excepciones de Brasil, Rusia, México, Nigeria, Turquía y España. Lo que es muy importante es que en los países más poblados, China e India, ha habido un fuerte aumento de la desigualdad. Los datos de China indican que la mayor parte del aumento es atribuible a enormes disparidades en las áreas urbanas y entre éstas y las áreas rurales. La desigualdad en estas últimas ha permanecido constante o disminuido ligeramente (Chen et al. 2010:20). No existe ningún índice nacional para la India, pero también se observa una creciente desigualdad en la distribución de la renta dentro de las ciudades y entre éstas y el campo (Cain et al. 2008:5). Así pues, el aumento de la desigualdad en los dos países con mayores poblaciones, así como en varios países desarrollados (por ejemplo, Alemania, Suecia y Estados Unidos) eclipsa la disminución en otros países más pequeños. Gran parte de la creciente diferencia de renta se explica por el estancamiento de los salarios, que representan el 75% de la renta familiar.

El aumento más destacable de la desigualdad en la distribución de la renta ha tenido lugar en las economías más desarrolladas. Con datos de la OCDE (2011) se confirma que en el seno de ese grupo de economías avanzadas la división entre ricos y pobres se ha ampliado notablemente en los últimos años. Como se destaca en Ontiveros (2012), la renta media del 10% de la población más rica es aproximadamente nueve veces la equivalente a la del 10% más pobre. Esa relación sigue siendo mucho menor en las economías del norte de Europa. La desigualdad ha aumentado incluso en países que se consideran tradicionalmente igualitarios, como Alemania, Dinamarca y Suecia, en los que el 10% de la



**Cuadro 6.1: Desigualdad en la distribución de la renta**

índice de Gini  
0 = igualdad perfecta  
100 = máxima desigualdad

	Mediados de los noventa	Más reciente
Dentro de los países		
Brasil	59,2	53,9
Rusia	46,2	42,3
India	...	36,8
China	41,1	46,2
Egipto	30,1	32,1
Filipinas	42,9	44,0
Nigeria	46,5	42,9
Kenia	42,5	47,7
Turquía	49,0	43,0
México	52,0	47,0
Países de la OCDE		
Japón	32,0	32,0
Francia	28,0	28,0
Alemania	27,0	30,0
Polonia	32,0	37,0
España	34,0	32,0
Suecia	21,0	23,0
Reino Unido	35,0	34,0
Estados Unidos	36,0	38,0

Nota: ...no disponible.

Fuentes: World Development Indicators o OCDE, excepto para:  
ªChen et al. (2010.20)

**Cuadro 6.2: Tendencias de la renta familiar real por grupos de renta, de mediados de los ochenta a finales de la primera década del siglo XXI**

Países	Cambio anual medio (%)			
	Población Total	Decil inferior	Diferencia Decil superior	
Australia	3,6	3,0	4,5	1,5
Austria	1,3	0,6	1,1	0,5
Bélgica	1,1	1,7	1,2	-0,5
Canadá	1,1	0,9	1,6	0,7
Chile	1,7	2,4	1,2	-1,2
República Checa	2,7	1,8	3,0	1,2
Dinamarca	1,0	0,7	1,5	0,8
Finlandia	1,7	1,2	2,5	1,3
Francia	1,2	1,6	1,3	-0,3
Alemania	0,9	0,1	1,6	1,5
Grecia	2,1	3,4	1,8	-1,6
Hungría	0,6	0,4	0,6	0,2
Irlanda	3,6	3,9	2,5	-1,4
Israel	1,7	-1,1	2,4	3,5
Italia	0,8	0,2	1,1	0,9
Japón	0,3	-0,5	0,3	0,8
Luxemburgo	2,2	1,5	2,9	1,4
México	1,4	0,8	1,7	0,9
Holanda	1,4	0,5	1,6	1,1
Nueva Zelanda	1,5	1,1	2,5	1,4
Noruega	2,3	1,4	2,7	1,3
Portugal	2,0	3,6	1,1	-2,5
España	3,1	3,9	2,5	-1,4
Suecia	1,8	0,4	2,4	2,0

Turquía	0,5	0,8	0,1	-0,7
Reino Unido	2,1	0,9	2,5	1,6
Estados Unidos	1,3	0,5	1,9	1,4
OCDE-27	1,7	1,3	1,9	0,6

Nota: La renta se refiere a la renta familiar disponible, corregida por el tamaño de la familia y deflactada por el índice de precios al consumo (IPC). Los cambios anuales medios se calculan para el período 1985 a 2008, con una serie de excepciones: 1983 fue el primer año para Austria, Bélgica y Suecia; 1984 para Francia, Italia, México y Estados Unidos; 1986 para Finlandia, Luxemburgo y Noruega; 1987 para Irlanda; 1988 para Grecia; 1991 para Hungría; 1992 para la República Checa; y 1995 para Italia y Portugal. El último año para Chile fue 2009; 2007 para Dinamarca, Hungría y Turquía; y 2006 para Japón. Los cambios excluyen los años 2000 a 2004 para Austria, Bélgica, Irlanda, Portugal y España, países para los que las encuestas no eran comparables.

Fuentes: Base de datos de la OCDE sobre pobreza y distribución de la renta de los hogares. Para Israel: <http://dx.doi.org/10.1787.88893-2315602> (acceso el 2 de enero de 2012)

población con más renta recibe ahora cinco veces más ingresos que el 10% de menor renta. En muchas economías avanzadas el múltiplo ha subido a 10 (por ejemplo, Italia, Japón, Corea y Reino Unido) e incluso 14 (Israel y EE.UU.). América Latina destaca como una parte del mundo con una especial desigualdad. En Chile y México el múltiplo es 25 y en Brasil llega a 50. Entre los países de la OCDE, el múltiplo ha subido desde mediados de los ochenta a finales de la primera década del siglo xxi en Australia, Austria, Canadá, República Checa, Dinamarca, Finlandia, Alemania, Hungría, Israel, Luxemburgo, México, Holanda, Nueva Zelanda, Noruega, Suecia, Reino Unido y EE.UU. (Cuadro 6.2). Es curioso que la probabilidad de poner en práctica políticas redistributivas sea más alta cuando las disparidades de renta entre los pobres y las clases medias son más pequeñas que las que existen entre éstas y los ricos (Lupu y Pontusson 2011).

La situación en España no es precisamente favorable. Nuestro país pertenece al grupo en el que el origen de la

desigualdad en la retribución del trabajo es mayor, superior al promedio de la OCDE: las remuneraciones salariales del 10% mejor pagado han crecido en relación al 10% peor pagado, tanto como consecuencia de incrementos significativos en el primer grupo, como por descensos en el segundo. En ello influye de forma destacada la tradicional baja tasa de empleo de la economía. También tienen un impacto relativamente reducido las transferencias a los menos beneficiados en la distribución de la renta. Es evidente que la desigualdad es un problema multidimensional. La mayoría de los estudios encuentran que la desigualdad en la distribución de la riqueza es mayor que en la distribución de la renta, y que también está aumentando dentro de los países. Mientras que en el año 2000 el 10% de las familias más ricas del mundo poseían el 85% de la riqueza, percibían el 67% de la renta (Davis et al. 2009:1122). Cuando se comparan unos países con otros, se observa una disminución de la desigualdad en términos de educación, conocimiento y otras variables de redesarrollo humano, excepto en la esperanza de vida, debido principalmente al impacto de la epidemia de sida en el África Subsahariana (McGillivray y Markova 2010: Crow et al. 2009). El premio Nobel Amartya Sen (1992) ha abogado firmemente por la adopción de un enfoque de la desigualdad basado en las «capacidades», que abarque los derechos, las relaciones, los resultados deseados y la libertad como componentes principales. Sin embargo, es difícil obtener datos sobre un conjunto tan comprehensivo de variables para una muestra de países razonablemente grande.

La distribución cada vez más desigual de la renta no sólo es socialmente indeseable, sino también un freno potencial del crecimiento económico y un factor que puede exacerbar las crisis financieras, como la que comenzó en 2007 (Kumhof y Ranciere 2010). La conclusión es clara: una distribución desigual de la renta y de la riqueza no es evidentemente rentable desde ningún punto de vista. Además, el apoyo de la globalización financiera entre la población está debilitando-

se, precisamente porque muchos la ven como un factor que contribuye a la desigualdad.

LA PARADOJA DEL CRECIMIENTO  
DE LA DESIGUALDAD Y DEL DECRECIMIENTO  
DE LA POBREZA

La pobreza es otro concepto que aparece con frecuencia en las discusiones sobre la desigualdad, aunque las dos no están perfectamente correlacionadas entre sí. De hecho, la pobreza se ha reducido en todo el mundo durante los últimos 25 años, mientras que la desigualdad dentro de los países ha tendido a aumentar. La pobreza guarda relación con privaciones importantes. Trazando la línea de la pobreza en un dólar diario, había entre 1,1 y 1,5 miles de millones de pobres en el mundo en 1980, una cifra que se reduce a menos de 1.000 millones hacia 2005, de los que 427 millones estaban en el África Subsahariana, 163 en la India, 131 en China, 161 en el resto de Asia, 56 en América Latina, y 27 en el Norte de África y Oriente Medio. Así pues, la proporción de la población de los países no pertenecientes a la OCDE que viven en la pobreza ha disminuido desde el 35-44% a menos del 20% (Hillebrand 2008. 729-731).

Es interesante señalar que algunos estudios han encontrado que la prevalencia de la pobreza hoy en día sería todavía más baja si la distribución de la renta dentro de los países no hubiera empeorado entre 1980 y 2005. Hillebrand (2008:731) estimó que si la desigualdad en la distribución de la renta no hubiera cambiado, China no tendría pobres hoy e India tendría 95 millones en lugar de 163. Como se mencionó anteriormente, la desigualdad entre las ciudades y el campo ha aumentado sustancialmente en China e India como resultado de un crecimiento económico rápido, aunque desigual. Números como éstos aclaran la famosa frase de Den Xiaoping: «Dejemos primero que algunos se hagan ricos». Sin embargo, éstas y otras estimaciones publicadas

por investigadores, expertos y organizaciones internacionales usan datos relativamente deficientes y hacen supuestos muy estrictos. Por ejemplo, hay relaciones complejas entre la desigualdad, el crecimiento económico y la pobreza y muchas de ellas no pueden ser previstas por los políticos.

Comencemos con el influyente análisis efectuado por Dollar y Kraay (2002), con el famoso título «El crecimiento es bueno para los pobres», en el que concluían que «el crecimiento por término medio beneficia tanto a los pobres como a los demás miembros de la sociedad; por tanto, las políticas usuales que estimulan el crecimiento debieran estar en el centro de cualquier estrategia efectiva de reducción de la pobreza». Los autores trataron también de avanzar una agenda específica sobre intervención mínima del gobierno en la economía cuando se trata de promover el crecimiento, lo que es una receta mucho más discutible para obtener éxito en la reducción de la pobreza.

Pero el problema que nos concierne es si la desigualdad puede ser un obstáculo o no para la reducción de la pobreza, habida cuenta de que los pobres tienen mucho que ganar del crecimiento económico, como demuestran ampliamente los casos de China e India. Un estudio reciente del FMI concluye que «los períodos más largos de crecimiento están fuertemente asociados con mayor igualdad en la distribución de la renta» (Berg y Ostry 2011:3). El mecanismo que lo explica está relacionado con la forma en que la desigualdad, o su ausencia, cambian los incentivos. Aunque cierto grado de desigualdad es inherente al buen funcionamiento de la economía de mercado, su aumento reduce los incentivos para que los pobres inviertan en educación. Puede también crear las condiciones para que surja agitación sociopolítica, como se analizará más adelante. Este argumento se ve corroborado por el riguroso análisis efectuado por uno de los influyentes economistas del desarrollo, William Easterly (2007), que mostró que, a largo plazo, la desigualdad estructural reduce la renta per cápita porque disminuye la calidad de las instituciones del país y desanima la escolarización.

En resumen, se puede concluir que el crecimiento de la desigualdad dentro de los países probablemente reduzca el crecimiento y el desarrollo económicos y ello dificultará la reducción de la pobreza. Así pues, no hay paradoja entre el aumento de la igualdad y la disminución de la pobreza. Ésta se redujo en un momento en el que también lo estaba haciendo la desigualdad. El reciente repunte de la desigualdad, especialmente en las economías avanzadas, puede muy bien frustrar los esfuerzos para reducir la pobreza, en mayor medida si tomamos en consideración los muy adversos efectos que la crisis está teniendo sobre los perceptores de menores rentas. La continuidad de esa crisis puede igualmente interrumpir los avances registrados en algunas economías menos desarrolladas.

Un aspecto relacionado de la conexión entre desigualdad y pobreza tiene que ver con el impacto de la globalización. La disminución de la pobreza ha ocurrido precisamente en un momento de creciente integración económica y financiera, en especial en los países en vías de desarrollo. Sin embargo, la globalización no ha reducido la pobreza de manera uniforme. Según Harrison y McMillan (2007) hay ganadores y perdedores entre los pobres cuando se trata de los efectos del comercio exterior y de la inversión extranjera. Sólo los pobres que trabajan en sectores orientados hacia la exportación o que reciben inversiones del exterior tienden a beneficiarse. La mayor parte del impacto de la globalización sobre los países en vías de desarrollo más pobres, no obstante, no está relacionado con el comercio libre sino con su ausencia. La eliminación de los subsidios a los agricultores de los países ricos y la creación de un mercado global verdaderamente libre para los productos agrícolas reduciría tanto la pobreza como la desigualdad en la distribución de la renta en los países en vías de desarrollo, ya que los salarios de los trabajadores agrícolas no especializados subirían con mayor rapidez que los de los trabajadores especializados de las zonas urbanas del mismo país y que los salarios de los trabajadores no especializados de los países desarrollados (Anderson et al. 2011).

Un proceso similar de cambio está teniendo lugar en los países desarrollados. El premio Nobel de economía, Michael Spence sostiene que «las oportunidades de empleo y las rentas son altas y crecientes para la gente muy educada situada en los puestos superiores del sector de bienes comercializables de la economía de EE.UU. Pero están disminuyendo en los niveles inferiores». Y predice que «a medida que las economías emergentes continúen ascendiendo por la cadena del valor añadido –y deben hacerlo para continuar creciendo– los sectores comercializables de las economías avanzadas necesitarán menos trabajo y muchas tareas intensivas en trabajo se desplazarán a las economías emergentes» (Spence 2011:32-33).

#### DESIGUALDAD DE GÉNERO

Entre los legados más importantes del siglo xx se encuentran la mayor conciencia de la gente sobre la importancia de la discriminación y desigualdad basada en el género, el reconocimiento de los derechos de la mujer y la potenciación de las mujeres como agentes políticos y económicos. Las tendencias demográficas que se discutieron en el Capítulo 4 continúan teniendo un gran impacto sobre las mujeres, cuyo papel en la sociedad y en la economía ha cambiado debido a los mayores niveles educativos y a la menor fertilidad.

Durante la mayor parte del siglo xx, los políticos no prestaron una atención sistemática a las mujeres. En 1970, una economista danesa que trabajaba para Naciones Unidas, Ester Boserup, publicó un libro influyente titulado *Women's Role in Economic Development* (*El papel de las mujeres en el desarrollo económico*), en el que teorizó y documentó cómo contribuían las mujeres al desarrollo económico y cómo se veían afectadas por él. Sostuvo firmemente que las mujeres juegan un papel crucial en el desarrollo, tanto dentro como fuera del hogar. Su trabajo inspiró la Década de Naciones Unidas para la Mujer (1975-1985) y



puso los cimientos para la oleada de estudios y programas que mantenían que promover el papel de la mujer en la economía podía llegar a ser una contribución importante al desarrollo (OCDE 2004; Banco Mundial 2001; véase Jaquette y Staudt (2006) para obtener una panorámica del tema). La preocupación de los expertos del desarrollo interesados en los problemas de género no sólo iba a hacer avanzar la igualdad de género como un objetivo por derecho propio sino también a explorar vías en las que las actividades económicas de las mujeres podían contribuir al crecimiento y al desarrollo económicos, en el sentido de una transformación de la economía a través de la innovación.

Estos y otros estudios posteriores documentaron que el desarrollo creaba un mercado de trabajo segmentado en función del género que concentraba a las mujeres en actividades intensivas en trabajo dedicadas a la producción de manufacturas ligeras (por ejemplo, textiles y alimentos preparados) en las que se pagaban salarios más bajos o las convertía en autoempleadas en el sector de los servicios (Boserup 1970). También se intentó conceptual y estadísticamente distinguir entre la prevalencia y las contribuciones al desarrollo del trabajo no retribuido en el hogar, el trabajo también no retribuido en la granja o empresa familiar, el autoempleo y la actividad empresarial de las mujeres (UNIFEM 2005; OIT 2009). Un argumento relacionado sobre el papel de la mujer en el crecimiento y el desarrollo económicos fue formulado por Gosta Esping-Andersen (1999), una socióloga danesa, que mantuvo que en las sociedades postindustriales avanzadas la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral desencadenó el crecimiento de todo tipo de actividades de servicios orientadas al mercado que las mujeres solían desempeñar en el hogar sin retribución alguna. Es representativo el caso de España, donde la entrada masiva de emigrantes durante la última fase expansiva de la economía contribuyó de forma muy significativa a la liberación de talento laboral femenino. La tesis doctoral de Rodrigo Madrazo (2012) concluye en la muy significativa contribución al crecimiento económico que

la participación en tareas domésticas de los emigrantes han propiciado a través de la posibilidad de que muchas «amas de casa» participaran en tareas convencionalmente más productivas. Hacia el comienzo de la década de los noventa, la actividad empresarial de las mujeres fue plenamente reconocida como una contribución dinámica al desarrollo económico. El principal argumento en esta nueva línea de investigación y de política llegó a ser que los países que no posibilitaron que las mujeres participaran plenamente como agentes económicos estarían subutilizando la mitad del «stock de talento» (OCDE 2004; Banco Mundial 2001; Guillén ed.2012). A principios del siglo xxi, esa mitad continúa estando subempleada en partes importantes de la economía, que incluyen América Latina, África, Asia Meridional y, especialmente, Oriente Medio.

Los derechos de la mujer están todavía muy lejos de ser iguales a los de los hombres. Un informe reciente del Banco Mundial, que cubre 128 economías desarrolladas y en vías de desarrollo, encontró un grado considerable de discriminación legal contra las mujeres en áreas en las que se les impide el empleo y la actividad empresarial. Por ejemplo, en 2009 las mujeres carecían en 45 países de la misma capacidad jurídica para actuar o comprometerse en transacciones económicas que los hombres, en 49 se les impedía trabajar en ciertas industrias y en 32 no tenían iguales derechos sucesorios. Por el contrario, se ha encontrado que la existencia de iguales derechos legales se traduce en un mayor porcentaje de empresas poseídas o gestionadas por mujeres (Banco Mundial 2010a).

Se ha progresado más en logros educativos, habiendo desaparecido las diferencias entre hombres y mujeres en todos los niveles y en todas las partes del mundo debido al aumento de la demanda de trabajadores educados y a las políticas gubernamentales promotoras de la igualdad de oportunidades. Sin embargo, ciertas partes de África Subsahariana y Oriente Medio no logran llegar a la igualdad educativa de género. La participación en la fuerza laboral y el

empleo de las mujeres ha aumentado también, en general, pero entre las sociedades ricas son todavía más elevados en EE.UU., Canadá y los países escandinavos que en el sur de Europa o en Japón. En muchos países en vías de desarrollo las mujeres trabajan fuera del hogar como forma de escapar de la pobreza y, a menudo, lo hacen en el sector informal. El trabajo retribuido de las mujeres es mínimo en el Norte de África y Oriente Medio. En la mayoría de las sociedades ricas la diferencia retributiva entre ambos géneros se ha estrechado, aunque la segregación ocupacional y las menores retribuciones de la educación continúan existiendo. Las desventajas económicas de las mujeres son mayores en los países en vías de desarrollo que en las sociedades ricas (Charles 2011). Como ha destacado Marisa Sotelo (2012), «en África Subsahariana las mujeres aportan el 70% del trabajo agrícola y producen más del 90% de los alimentos, pero solo el 10% de las empresas son propiedad de mujeres. La mayor parte de su actividad se desarrolla en la economía informal y de subsistencia de las familias».

También es cierto que la división de funciones por géneros dentro del hogar ha evolucionado hacia una mayor igualdad, especialmente en las sociedades más ricas, aunque sin eliminarse la desigualdad. Las mujeres continúan asumiendo la mayor parte del cuidado de los niños y el trabajo básico del hogar, aunque estén empleadas. En el mercado de trabajo existe un grado considerable de diferenciación basada en el género, debida principalmente a la segregación por campos de la educación superior. El hecho importante aquí es que las sociedades más ricas albergan los grados superiores, no inferiores, de segregación de género por carreras debido a la elección del campo educativo (Charles 2011). Así pues, no es siempre cierto que el mayor desarrollo conduzca a una mayor igualdad de género.

Es también importante tener en cuenta que otras variables distintas del desarrollo pueden tener un impacto sobre las oportunidades y el bienestar de las mujeres. Entre las discutidas en el Capítulo 4, el envejecimiento de la población desta-

**Cuadro 6.3 Mujeres en el Parlamento (% de escaños totales)**

Región	1990	2010
Renta alta: OCDE	12,9	24,2
Unión Europea	16,0	24,2
América Latina y el Caribe	12,0	23,4
África Subsahariana	...	19,4
Media mundial	12,5	19,3
Asia Meridional	6,3	19,2
Asia Oriental y Pacífico		
Mundo árabe	3,8	10,7
Oriente Medio y Norte de África	3,8	9,0
Países seleccionados		
Ruanda	17,0	56,3
Suecia	38,0	45,0
Sudáfrica	3,0	44,5
España	15,0	36,6
Alemania	...	32,8
México	12,0	26,2
Reino Unido	6,0	22,0
China	21,0	21,3
Asia Meridional	6,3	19,2
Francia	7,0	18,9
Indonesia	12,0	18,0
Estados Unidos	7,0	16,8
Federación Rusa	...	14,0
Japón	1,0	11,3
India	5,0	10,8
Turquía	1,0	9,1
Brasil	5,0	8,8

Irán	2,0	2,8
Egipto	4,0	1,8
Arabia Saudita	...	0,0

Nota: ...No disponible

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial

ca como un cambio potencial. El envejecimiento tendrá efectos muy diferentes según el género. Las mujeres representan un porcentaje desproporcionado de las personas de edad debido a que tienen una esperanza de vida más alta y a la mayor exposición de los hombres a la muerte violenta. Sabemos también que las mujeres tienden a tener rentas menores que los hombres dentro del mismo grupo de edad y la diferencia es especialmente importante en los tramos de edad más avanzada debido a las desventajas derivadas de vivir solo (Johnson ed. 2005). Por tanto, el envejecimiento de la población puede impedir que se cierre la diferencia de estatus socioeconómico entre hombres y mujeres.

Una tendencia final sobre las mujeres tiene que ver con su presencia creciente en la adopción de decisiones políticas. El Cuadro 6.3 muestra la proporción de escaños parlamentarios ocupados por mujeres. En 2010 la media mundial se encontraba en el 19,3%, superior al 12,5% de 1990. Europa, América Latina y África Subsahariana están por encima de la media, en tanto que Asia Meridional, Asia Oriental, el Mundo árabe y, en particular, el Oriente Medio y el Norte de África están por debajo. Ruanda con 56,3% y Suecia con 45% lideran el ranking. Sudáfrica pasó del 3% hacia el final del apartheid al 44,5% hoy en día. EE.UU. con sólo el 16,8% se encuentra por debajo de las medias de Europa, América Latina y África Subsahariana. Es interesante señalar que los países con más mujeres en el gobierno se perciben como menos corruptos, prescindiendo de otros factores como el desarrollo económico, la apertura comercial, la democracia liberal o la libertad de prensa (Treisman 2007: 212).

## CONSECUENCIAS DE CAMBIAR LAS PAUTAS DE LA DESIGUALDAD GLOBAL

En el libro *The Great Transformation* el científico social Karl Polanyi (1944) afirmó, como es bien sabido, que la desigualdad, por un lado, sentaba las bases para el dinamismo del mercado, pero, por otro, podía minar «la esencia de la sociedad». Las tendencias recientes de la desigualdad global, que se han documentado en este capítulo, justifican perfectamente los temores de los líderes mundiales reunidos en el Foro Económico Mundial de 2011. Los cambios en las pautas de la desigualdad podrían tener una serie de consecuencias en el siglo xxi. Veámos cuáles son las implicaciones económicas, políticas, empresariales y geopolíticas.

Los líderes mundiales tienen razón para estar alarmados. El aumento de la desigualdad dentro de los países, acompañado de una reducción del diferencial existente de desigualdad entre los países, puede exacerbar las tensiones sociales y políticas, en especial si el crecimiento económico en los países desarrollados avanza a paso de tortuga. Durante décadas, se ha contenido la desigualdad entre los países poniendo barreras a la libertad de desplazamiento de las personas y participando en esfuerzos de desarrollo a gran escala y en programas de ayuda internacional. Estos esfuerzos iban dirigidos a corregir la mayor parte de la desigualdad en el mundo, la existente entre países ricos y pobres. La desigualdad que hay dentro de un país es más difícil de tratar porque no pueden trazarse fronteras interiores, como ilustran la Primavera árabe y los disturbios británicos de 2011. Además, a principios del siglo xxi los gobiernos no están en condiciones de hacer una mayor redistribución de la renta y de la riqueza debido a sus problemas presupuestarios y/o a las restricciones ideológicas a las que se enfrentan por la presión del electorado. Algunos expertos sostienen que también la desigualdad total podría aumentar en el mundo, como consecuencia en parte del

aumento de la desigualdad dentro de los países (Hillebrand 2008).

El año 2011 presencié sucesos dramáticos tanto en los países en vías de desarrollo como en los países desarrollados que no pueden comprenderse plenamente sin tener en cuenta el aumento de la desigualdad dentro de los países. La llamada Primavera árabe se propagó como la pólvora desde Túnez a Oriente Medio y el Norte de África. En la mayoría de estos países, entre el 45 y el 65% de la población tiene menos de 25 años y se enfrenta a perspectivas laborales desalentadoras, aumento de la desigualdad entre las zonas rurales y urbanas, y dentro de las propias zonas urbanas, y a una corrupción muy extendida. Grandes disparidades en la distribución de la riqueza no sólo ofendían a la población sino también a las élites militares, que retiraron su apoyo a los regímenes autocráticos de larga duración de Túnez y Egipto (Goldstone 2011). Prolongados enfrentamientos y conflictos armados estallaron en Libia, Yemen y Siria en medio de la condena internacional por la represión que el régimen existente hacía del levantamiento popular.

Aunque distintos y distantes de la Primavera árabe, los disturbios que sacudieron las principales ciudades de Gran Bretaña durante cuatro días de agosto estuvieron también motivados por una sensación de los jóvenes de estar privados de derechos políticos y económicos, por injustificada que fuera la forma que los agitadores eligieron para expresar su insatisfacción. Aunque las causas últimas eran similares, el proceso y el resultado de las revueltas británicas no pudieron ser más diferentes de los de la Primavera árabe. También lo fueron los diversos movimientos *occupy* de Europa y EE.UU. El *Washington Post*, en un editorial, dijo que:

Éste se está convirtiendo en un año de rebelión de los desposeídos, primero en el Oriente Medio árabe, después en Israel y ahora en una de las democracias más ricas del mundo. En un tiempo de crisis económica, ningún país es inmune a esta agitación. Pero Gran Bretaña está mostran-

do que las democracias pueden responder con políticas responsables y un debate político serio. Por el contrario, los autócratas árabes son condenados porque carecen de esta flexibilidad política o de respeto por los derechos humanos.

El cambio en las tendencias de la desigualdad tiene también implicaciones para los negocios. La mayoría de las empresas con aspiraciones globales han pasado la última década, aproximadamente, reposicionando sus activos, empleados y gamas de productos para aprovecharse del crecimiento de los mercados emergentes. Así, la disminución de la desigualdad en la distribución de la renta entre los países ha desencadenado una carrera para conseguir la clientela que representan las nuevas y crecientes clases medias de países como Brasil, China, India y otras economías emergentes. Del mismo modo, el aumento de la desigualdad dentro de los países debiera mover también a las empresas a hacer todo lo posible para dar respuesta a las necesidades de aquellos que, al menos temporalmente, se han quedado rezagados cuando crecen las economías emergentes, especialmente en las áreas rurales.

A medida que las mujeres mejor educadas se sumen a la fuerza laboral y accedan a los cargos públicos electos, habrá presiones para que las empresas les den la bienvenida a los altos puestos ejecutivos y a los consejos de administración. Según un estudio de McKinsey sobre las principales empresas admitidas a cotización, la proporción de mujeres en los altos equipos ejecutivos o en los consejos de administración era inferior al 15% en la mayoría de los países, incluyendo a EE.UU., Francia, Alemania, Gran Bretaña, España, Rusia, Brasil, China e India. Sólo se destaca Suecia, aunque la proporción estaba todavía muy lejos de la equidad perfecta (*The Economist*, 21 de julio de 2011).

Las implicaciones para la geopolítica del poder son enormes. La mayor desigualdad dentro de los países puede producir cambios de régimen e inestabilidades más frecuentes.



La menor desigualdad entre los países seguramente afectará al equilibrio geopolítico del poder a escala global y en regiones específicas. El Capítulo 8 discutirá estos y otros problemas relacionados con el cambio del equilibrio global de poder en el siglo xxi.